EL ENANO COCORÍ

Carlos Droguett



Por supuesto que a Isabel yo no le había contado nada, en realidad tampoco había nada que contar, precisamente por culpa del enano, pues él no me dejaba entrar. Si lo hubiera hecho, la historia en sí, en sus más leves e ínfimos detalles, no solo en su nervioso y vertiginoso comienzo, habría existido, pero el enano no. Adiviné desde un principio, que eso fatal y determinado ocurría, u ocurriría, que sin mis deseos vertidos y formulados en palabras, esta forma transitoria de dejar constancia de las cosas invisibles más que de las visibles, él, el enano, habría desaparecido sin dejar rastro.

A veces, al observarlo en su mirada huidiza, perdida, melindrosa, tenía la impresión de que más de alguna vez en su vida le había ya sucedido, que había dejado de existir súbitamente por la inesperada y desventurada circunstancia de que alguien entró por la puerta. ¿Cuántas veces tuvo que tragar su amargura y sus lágrimas? Yo no lo sabía pero estaba seguro de que habían sido varias y variadas,

seguramente tantas que él mismo las habrá olvidado, quedándole solo como remanente en los ojos hundidos y sombreados ese estupor helado que mostraba la nostalgia, el terror, el vacío.

No, nunca le conté a Isabel ¿y cómo podría haberlo hecho? ¿Podía sensatamente contarle mis penas, dudas, sinsabores, cuando me sentaba a su lado en el primer peldaño de la escalera y cogía su pelo entre mis manos? Mencionar entonces al enano y las circunstancias del enano me habría parecido una indignidad, un mal presagio, un sucio rastro, un zumbido terrestre de moscas descendiendo sobre la frente adormilada del amor, de nuestro amor frágil, pobre, débil, solo, al que cuidábamos como a una criatura, junto al que nos tendíamos por temor de aplastarlo, de herirlo, de hacerle daño haciéndonos daño nosotros, parecía a ratos, sí, nos parecía y solíamos conversarlo, que él, nuestro amor, existía más que nosotros mismos, aún más, que nosotros, los tristes enamorados, teníamos vida y respiración, ensueños y proyectos, solo en virtud de su milagro, solo como consecuencia de que, sin embargo, él existía, por eso estábamos nerviosos, no porque aún no tuviéramos casa donde irnos a vivir, no porque yo no encontrara trabajo en el día y tuviera, todas las noches de luna de la primavera, todas las noches del invierno, que trabajar allá, bajo la claraboya húmeda

de la imprenta de la calle Agustinas, corrigiendo las pruebas de los últimos cables recibidos del frente de Madrid o las apresuradas notas de un corresponsal francés, escribiendo sus últimos terrores en un hotelito de contrabandistas de Estrasburgo para precisar los rumores, en esos días solo los rumores, del fusilamiento de Federico García Lorca en alguna parte de España.

Dejaba suavemente su pelo en la falda y la quedaba mirando, pero veía los ojos inquisitivos del enano, sí, el enano tenía esa tozuda perplejidad y, allá muy lejos, cerca del soterrado recuerdo de la última vez que alguien traidoramente entró por la puerta y le ocurrió lo que le ocurrió, descender el poeta hacia la tierra de su muerte, tocando con sus manos la roca, abalanzándose con sus ojos sin luz a mirar esa sangre brillante que goteaba en la roca y en la tierra abierta y pensar, o decirlo, decirlo antes de pensarlo, esas gotas de rojo líquido soy yo, fui yo, Federico, el que tenía miedo de estar triste, el que tenía gozo de estar vivo, el que lloraba de felicidad e inseguridad, el que se iba cantando por los caminos y entraba riendo a las posadas y alquerías y se asomaba pálido y callado a la miseria y la injusticia.

—¿Por qué suspiras? —dijo Isabel.

—Si no debo hablar, suspiro —comenté—, tengo la excusa de mis 23 años, ahora puedo suspirar sin

que me miren, sin que el enano salte de las tinieblas hacia la luz para gritarme ¡no sacas nada, no ganas maldita la cosa un milímetro si me vienes a mojar con suspiros la puerta!

—¿Qué enano? ¿Qué puerta?

Me cogió la mano, pensé que para averiguar y saber si tenía fiebre, pero solo agregó, saliéndose del tema y acercándose domésticamente a mi cuerpo:

—Debieras cortarte las uñas, me gustaría que te cortaras las uñas, Carlos.

Como me quedaba callado, siguió inclinándose hacia mi cara, buscándome la mirada, por lo menos la línea de los labios apretada entre ellos.

—Si ese enano existe debieras contarme qué ocurre con él y con la puerta. ¿Es muy necesaria y fatalizada esa puerta? De repente tuve la sospecha de que estabas enfermo o distraído, o ambas cosas, me pareció que tu voz caminaba por otro lado, no sé si más bajo o más lejos, pero no aquí mismo, en este barrio feo, en esta casa vieja, en este peldaño gastado donde te espero a veces y otras veces me esperas tú.

Eso era enteramente verdadero y ante la idea, ante el recuerdo de la idea, me sonreía ligeramente entusiasmado y traté de no mirarla para no perderme, para seguir mirando esa idea, esa esperanza, ese gesto, cuando se sentaba al lado adentro de la puerta, acurrucada y amodorrada, esperando que yo

regresara de la imprenta, calculando los minutos que me demoraba en bajar la escalera de la corrección de pruebas, en decirle buenas noches a Juan, el portero, que, arrinconado en su mesa humilde estaba sorbiendo un pocillo de café negro, mirando sin ganas el sándwich de queso dentro de su bolso de papel, tal como se lo había preparado la Juana hacía unas diez horas, pues él tenía que llegar temprano a abrir el portón de cuatro cuerpos, por donde circulaban los camiones repartidores de revistas con noticias de la guerra y folletines de Xavier de Montépin y Ponson du Terrail, y también el tropel de obreros, unos en el turno de la tarde, portón y vereda donde sesionaban los sábados al mediodía, cuando recibían su paga y llegaba el judío Boro, que vendía camisas, camisetas, calzoncillos, pantalones de mezclilla, y llegaba el turco Larach, que vendía medias de algodón y seda barata y combinaciones de punto, de franela, de piqué, sombreritos de paja, zapatitos de colores para el baile de la universidad o de la quinta de recreo El Rosedal. En ese sector de calle se juntaban a veces los pacos a esperar a los obreros en huelga, sin esconder sus palos de luma, sino acariciándolos, sin disimular su entusiasmada y fácil ansia homicida, eligiendo, entre el humo de los camiones y el humo de las fritangas de la Peta Carrón, que había corrido sus trastos a un rincón de más reposo, las

cabezas que dentro de un rato estarían al alcance de su creciente furia. Los pacos eran tan pobres como los obreros y mucho más ignorantes y muchísimo más paralizados y agusanados en los letargos de la disciplina, de manera que cuando había mocha por aumento de salarios o manifestaciones de homenaje a la España republicana, cuando surgían mítines relámpago, oradores y proclamas revolucionarias en recuerdo del poeta asesinado, los pacos, pensando en su miseria detenida, en sus enfermedades, en sus carencias, reventaban los ojos que miraban insolentes, los labios que manejaban dos o tres insultos, las cabezas que se alzaban para crecer, porque, la pura verdad, se estaban rompiendo a sí mismos, esa inercia que eran ellos, el espejo de la miseria que los reflejaba, que les penaba, que los acosaba hacia el cuarto de guardia y el patio de ejercicios, buenos días la tropa, gritaba el Mayor, buenos días mi Mayor, gritaban humildes y vacunados.

—¿Te quedaste dormido? —dijo en un susurro Isabel.

Yo me había estado quieto, mirándola adormilarse junto a la puerta, recogiendo las piernas para que la luz de la luna no las pintara, para que el viento del otoño no levantara su pollera. Me esperaba con un tejido en la mano, siempre tenía, en esas irreprochables noches, aunque no estuviera recogida y amontonada

entre el escaño y el pasaje, un tejido en las manos, de manera que, cuando después del normal silencio me venía el suave calor y le miraba las piernas, le miraba descaradamente las piernas y de inmediato la breve cintura, buscaba su boca para transferirle un poco de mi ensoñado o desventurado calor, ella se tornaba pálida y se tornaban pálidas sus palabras, pues estaba hablando o había intentado hacerlo, mientras la depositaba delicadamente encima de la cama y descendía a su lado, inventando alguna frágil y mentirosa esperanza, contemplando al enano cruzado y crucificado en la puerta, al buscar sus ojos, su cabello, su cuellito de género, cuando me abría para abarcarla y cerrarla hacia mí, entonces gritaba yo y alzaba mi mano con unas gotas de sangre que goteaban, impregnando el tejido de lana y ella gritaba y se asustaba ofendida y le buscaba los pechos, echaba mis dedos por la boca para que los besara con su saliva y prescindía de ella, me alejaba de la boca, de los dientes, de la lengua, ella solo empezaba ahora en la garganta y se prolongaba entre mis manos, donde tenía un montoncito arrugado de sus gritos y sus enaguas y me reía, me reía desvergonzado y sin estilo, sin clase y sin tiempo, ¿sabes? decía yo, sin tener nada que decir, ¿sabes, sabes?, pero solo lograba expulsar una pobre cantidad de palabras sueltas y sudorosas, desordenadas como yo mismo, con suspiros, con deseos informes, con

esperanzas inconclusas en ella, en mí, en nosotros, en el suelo, en el cielo, había sillas y en las sillas ropa mía y de ella, cuando las ropas descendían junto a las palabras, abrazadas, revueltas, revolviendo su olor a mar y a perfume de flores y de frascos, mezclándolo con mi olor a pliegos de imprenta, a tinta de imprenta, a cartones y cilindros que imprimían la guerra, mi olor aburrido a códigos y leyes llenas de rejas, a alegatos en la corte apretados con alambre, amarrados con alambre de púas para atar unos obreros, unas colizas de pasto, unas ropas de luto con unas criaturas de meses adentro, veía moverse sus patitas surgiendo de la paja y las cinchas del embalaje, de la delgada boca fina del profesor Velasco, vestido de café con leche, alzando sus manos despreciativas y aristocráticas en el pupitre, mientras miraba la mañana nublada del mes de noviembre, la miraba atónito, incrédulo, debilitándose, y miraba también, la misma detenida mañana nublada del mes de marzo, del mes de abril, la playa rubia de Los Vilos, donde se aglomeraba la gente, las gaviotas, los salvavidas, los turistas enrojecidos y afranelados, para recoger de la resaca desordenada como ropa, como la ropa de Isabel y de Carlos, a la pobrecita preciosa hija del profesor Velasco, perfectamente ahogada, desaparecida, hace un par de horas en alta mar, dentro de una ola, esa ola que llegaba en un telegrama urgente y se abría

chorreando en el pupitre y salpicaba con algas el elegante traje color café con leche y él se peinaba el pelo liso y feo y se pasaba la mano por la cara café con leche y se iba poniendo de pie y recogía los papeles, los incisos, las excepciones y se iba primero caminando despacio, después corriendo, lo sentíamos saltar por los escalones que lo lanzaban hacia el auto detenido en la Alameda.

—Sí —recordé—, y esa noche, la noche del temblor, estabas dormida, dormida en camisa y bata, y con tu lana blanca aquí en el escalón, y no parecías asustada.

—No —dijo—, solo estaba preocupada, tú has contado que la imprenta es muy vieja y arruinada, ¿no crees que con un temblor fuerte podría incendiarse y ocurrir desgracias y muerte?

—Y tenías el anafe aquí en el suelo, junto a la puerta, y en él la tetera y los pancitos de dulce y las cucharitas en las tazas, creo que esa noche nos dieron las tres de la mañana, pues el temblor comenzó un cuarto para las doce, yo le estaba escribiendo una carta al profesor Aguilera, que vivía en California, y que ya no me contestó.

—Cuando querías sacar una beca para estudiar Inglés en Estados Unidos —suspiró ella—, por dios que éramos jóvenes entonces, ¿cómo podíamos ser tan jóvenes en ese tiempo y ahora no?

—Pero si han pasado apenas nueve meses, me reí, justo para que fuéramos papá y mamá, ¿y no crees que somos ahora mucho más jóvenes? Cuando el enano me mira furioso y se planta ancho delante de la puerta —le digo exactamente eso, que como soy cada día más joven, cada tarde de cada día más joven, puedo esperar hasta que él se vuelva a morir de nuevo y entonces podré entrar despacio—. ¡Despacio pero vertiginoso, enano! —le grito para enfurecerlo otro poco y achicarlo.

—¿Y crees que entrarás algún día? —preguntó, algo desfallecida en la voz, como si también ella, dada las circunstancias, tuviera que intentar hacerlo.

Me miraba y me seguía mirando respirar desordenado, para no angustiarme. Me quedaba angustiado para no angustiarme, ella me conocía bien y absolutamente, por eso nos habíamos casado, y ahora mismo me estaba esperando.

—¿De manera que existen ella y él? —preguntó en seguida, sonriendo fríamente, como no creyéndome mucho.

Me quedaba callado, no quería contarle mucho ni demasiado, siempre le había estado insinuando cosas inconclusas, esperanzas que se deshilaban en desesperanzas, ahora resultaba pueril y ridículo repetirle, contarle, convencerla, asegurarle que yo no había hecho nada extraordinario, solo estar vivo y

señalarlo, pero que el enano juraba que mientras él estuviera ahí yo no entraría.

—¿Y por qué tienes que entrar? —se cansó fastidiada, no dándome gran crédito, pensando que otra vez inventaba musarañas, rocambolerías y pajarerías.

—Está cerrada y quiero entrar —expliqué—, no hay nada dentro, probablemente porque yo estoy afuera, es decir me lo imagino, me hace bien tener ese pensamiento, quiero estar adentro, estaré dentro, debo estarlo, nací para estarlo.

—¿Estás seguro? —comentó con lenta frialdad.

Sí, aún lo recuerdo, Isabel tenía una facilidad admirable para tornarse fría, no por calculada maldad, tampoco por temperamento, pues de sangre era tibia, de carne casi tibia, pero de tanto pensarlo y esperarlo se tornaba apática, fácil, cansada, remecida de escalofríos, vertiéndolos gota a gota de sus labios inmóviles, fino y breve el de arriba, gordo, saludable y sensual el de abajo, del que se colgaban sin finura mis dientes alguna noche de insomnio y de calor. No, no me dejas dormir, no, no quiero, se quejaba fastidiada, barriéndome de su labio y de su lado, como si ella estuviera particularmente en su boca y así era. Ahora mismo, a pesar de la noche de verano, mirándola callado, mirando sus palabras atisbarme desde sus labios lejanos, sentía un descorazonador frío y el

conocido miedo que nacía de ese frío y lo iba inundando e inmovilizando, hasta cogerme y paralizarme.

—¿Estás seguro que naciste para eso? —tornó a preguntar con agradable desdén—. Las cosas nacen o se producen para que les ocurran accidentes, ¿no es verdad?, la vida y sus complicaciones, la línea recta que se va quebrando desde que te soltaste de los brazos de tus padres y empezaste a descender o a subir, no estoy segura de la dirección ni de la intención, hacia tu destino. Y si hubieras nacido para entrar por esa maldita puerta, ¿no lo habrías hecho ya?

—No es maldita, es solo el enano el maldito —repliqué con rabia, instalándome en el codo, oteándola con tranquilo desprecio, deseando odiarla, salirme de ella, de su olor, de su aureola, de su recuerdo, imaginándome la vida sin ella, la vida antes que ella.

Hacía algunos años que me había desprendido de los brazos de mis padres y había empezado a descender, solo y vulnerable, por la vida, por mi madre, primero en La Serena, en la neblina de La Serena, después en Santiago, en el humo de Santiago, se había tapado la cara con un manto para que sus hijos no la miraran, se había sentado en una piedra y abierto los brazos para morirse, y entonces sonó el viento, el viento que venía de todas partes. Esa visión la había soñado, pero era verdad.

—¿No es tu obsesión el enano? ¿No te preocupas demasiado por esa pequeñez? —preguntó, ahora con algún cariño, al menos con una distraída lástima.

Pero yo estaba seguro, mientras hablaba ella no pensaba en eso, en mis preocupaciones, por lo demás no le había contado muchas cosas, porque, la pura verdad, no había mucho que contar. Mis relaciones con el enano habían sido solo exteriores, lejanamente mercantiles, aisladas, precarias, en seguida llenas de rencor y precavido odio, todavía yo no sabía por qué. Desde muy joven, desde que terminé mis estudios, primero en el colegio de los frailes, después en la universidad, me había sentido desamparado, como si algo en mi cuerpo, exactamente en mi cuerpo, me faltara y fuera, a causa de ello, un inválido, siempre había caminado desorientado y provisorio, por las calles, no solo por Ahumada, Huérfanos, la Alameda, Agustinas, donde estaba la imprenta, Lira, donde estaba la niña a quien primero besé en la vida, cuyo nombre se me ha borrado, pero su cara no. Me esperaba cada mañana, poco después de las ocho, pues las clases de los frailes empezaban a las ocho y media, y hacía rato que ya estaba en la vereda, cuando veía que me venía acercando se entraba un poco y hacía la distraída, echaba su pelo, un ondulado pelo, espantosamente largo, en el aire de la mañana y lo iba recogiendo, encendida y pensativa,

el suplementero, que pasaba en su triciclo, le lanzaba algún piropo crudo, con seguridad una grosería, el suplementero era tan puntual en la hora como yo, ella se encendía, palideciendo, cuando le transferían esos adjetivos referentes a sus torneadas piernas, es decir a sus generosos muslos, a su pulcro talle, es decir a sus corrompidas tetas, se sonrojaba ella, me sonrojaba yo, pero, sin transición, empezaba a reírse, una risa gentil, variada y calculada, nada de sucia, una risa que me esperaba especialmente y que tenía algunos tonos desolados, atisbándome, llamándome, diciéndome que la protegiera, que la ofendiera, que desconfiara, que no creyera nada de nada, que la hiciera lentamente pedazos, que la acompañara un rato mientras lloraba, mientras disipaba y mezclaba mis dudas y mis intenciones, que el suplementero solía pasar también hacia el atardecer, voceando Los Tiempos, el diario de la noche, que traía mi padre desde el telégrafo, cuando yo lo esperaba, enfriándome, sentado en el mármol rosa de la entrada, a trece cuadras de allí, y que si entonces, a esa hora crepuscular, religiosa y facinerosa, cuando los tranvías, en esos días de invierno, hacía ya tres horas que volaban con sus luces encendidas y los gatos en los techos de las casas fronteras saltaban de una cornisa a la otra, de una calamina a la otra, de una chimenea a la otra, iluminándose con los faros

enteramente encendidos, eso me lo decía susurrado, echándome el aliento de sus ojos y de su pelo, ¿te das cuenta?, ¿te darás cuenta, si así ocurre, lo que me puede hacer ese bandido, que llega de repente solo y estoy sola a esa hora?, las ocho ha dado el reloj de la capilla en la prisión de mujeres, me deja envuelta en humillación y desnuda de terror y no hay nadie en la calle, ni un alma en la cuadra, nada más el carretón de la lechería Las Delicias, el carretón de la panadería Antigua Lizón, el carrito de mano del verdulero y no más te tengo a ti y solo a ti no te tengo.

Aquella mañana no alcancé a llegar puntual al colegio, porque para esos días y esos años, los años míos, no los del tiempo, besar a una mujer era de lo más fatal y complicado, besar a una mujer joven, con una fabulosa y ondulada cabellera y tanta risa mirándome y tantos dientes buscándome y esos ojos, esa cantidad de ojos que parecían muchísimos más, por lo menos más de tres o cuatro docenas y que echaban de repente llamas repentinas para tocarme y timbrarme y esos brazos que resbalaban en el abismo y se iban a buscar otros brazos y otro poco de calor, oh dios mío, ella estaba ardiendo y yo estaba ardiendo pero tiritaba diente con diente, estará enferma, pensaba yo, enfermándome, tragando saliva, hundido en mi casaca de cuello abierto, mirando mi sombrero, mi sombrero ridículo que rodaba por